DON MIGUEL ARTIGAS EN SUS OCIOS DE ATENEÍSTA.—ALGUNAS ANÉCDOTAS PINTORESCAS.

La sección de Literatura del Ateneo de Santander, que durante buen número de años consecutivos presidió brillantemente el esclarecido polígrafo don Miguel Artigas, y de la que es hoy presidente, con el lustre tradicional en esta Casa, mi docto amigo don Ignacio Aguilera, me ha hecho el honor de designarme para que desde esta tribuna evoque a mi manera popular, la gran figura de aquel llorado maestro de la erudición española; no estudiando altas actividades, que no son de mi competencia, sino tomándole a la llana en algunas de las facetas de su vida de relación con muchos de nosotros; es decir, en sus ocios de ateneísta.

No tienen ustedes, pues, a la vista a un discípulo del grande hombre, puesto que cuando don Miguel vivía entre millares de volúmenes, pasaba yo mi existencia en una tienda de juguetes; gobernaba él su ciudad de los libros, en tanto que yo regentaba un mundillo de muñecos. Habla a ustedes el admirador del sabio, su contertulio, su amigo. Nada más. En realidad, yo creo que únicamente en esta nuestra ciudad, para el caso una pequeña Atenas, resulta posible que entre los literatos y los comerciantes se formen lazos de amistad eterna. Y es que, por lo menos, en el Santander de antes del incendio, no todos los establecimientos,

o como dicen todavía algunos castellanos viejos, las *boticas*, eran lonjas vulgares entregadas por sus dueños exclusivamente a la ganancia. Tiendas como la de Juan Alonso, *el guantero* por antonomasia, se honraron en el siglo XIX y a principios del que corre con la cotidiana presencia de don José María de Pereda; más tarde, al establecimiento de óptica de Roberto Basáñez acudía, gustoso, Menéndez Pelayo. Y en cuanto al queridísimo don Miguel, no se me tome a vanidad si digo que hallaba sus mejores holganzas en mi *Paraíso de los Niños*.

Bien mirado, sus altos destinos literarios fueron la gloria principal de la inolvidable calle de la Blanca, la vía de los tenderos de chifladura generosa. En algunos de los establecimientos que abrían allí sus puertas, la dependencia estaba autorizada a leer novelas; había patronos que traducían a Horacio, especialmente en los días lluviosos, de los llamados de *cajón seco*. Muchos cerraron—o cerramos...—aquellos comercios, de puros artistas que éramos; es verdad. Mas hemos dejado una estela romántica que tardará en borrarse. Y nadie nos quitará el haber vivido familiarmente con los mejores ingenios de la ciudad, ni el placer de haber bebido en la copa de oro que ellos nos tendieron. A Roberto Basáñez le ocasionó bastantes pérdidas el preocuparse demasiado del arte difícil de escribir sonetos *fechos al itálico modo*, ya que en sus ratos dedicados a la métrica perdió de vender buen número de pares de anteojos. Él mismo les decía a veces a sus clientes, señalándoles con amabilidad suma la puerta de un su competidor, no muy distanciado de su propia tienda: «Allí abajo les servirán a ustedes más rápidamente su receta... Yo estoy tratando ahora, mano a mano, con don Marcelino, cuestiones muy arduas...» Tampoco las damas coquetas del siglo pasado—de a fines del siglo pasado—que iban en busca de aguas de olor para hermosearse, se atrevían a pisar la perfumería de Juan Alonso, por no ponerse a pedir, entre tantos hombres reunidos, como eran los que componían aquella tertulia memorable, esos afeites, esas unturas, esos secretos del arte cosmética que entonces se solicitaban en voz baja de

un dependiente, con todo el misterio de una confesión auricular; aunque tengo entendido que al presente se piden por esas droguerías sin ningún misterio, y a veces casi a gritos. Por mi parte, el amor a las bellas letras estoy seguro de que me ha quitado de vender bastantes *peponas*. Porque lo cierto es que me metía en este Ateneo por las tardes, a las tres y media, y a menudo me daban las seis cultivando las ciencias estéticas desde las honduras de una poltrona. El ingenio suelen decir que se mejora con estos asuetos; pero menester es convenir en que la caja registradora se resiente, y sus timbres funcionan poco.

LA TERTULIA DE AQUEL ATENEO

Soy yo un superviviente de aquella tertulia del Ateneo, de su *cacharrería* famosa. A ella venía Artigas directamente desde su *barrio latino*, para procurarse unos ratos de esparcimiento y de bien ganado vagar. Como es costumbre, una mala costumbre, que quienes no saludan los libros llamen *ratones de biblioteca* a quienes viven la vida del espíritu entre sus amados libracos y mamotretos, cuando llegaba a estos salones, después de comer, el grande y diligente archivero, nos solía decir desde su rincón, con unas miajas de ironía socrática: «El afanoso roedor, harto de hincarles el diente a los manuscritos y a los impresos, les viene a hacer un rato de compañía a los gatos remolones que son ustedes.» No le faltaba razón, porque los había entre nosotros tumbones como sultanes. Para los unos constituían tales reuniones un descanso en la actividad, un derivativo, un cambio de ideas, un palique sedante; pero también había contertulios que echaban aquí sus siestas, con cabezaditas y musiquilla de ronquidos; afortunadamente eran los menos, pues el café se tomaba entonces muy cargado. Era la Arabia feliz servida en taza.

Y es que había dos tertulias, fija la una, de todo el año; la otra, ocasional y veraniega. Los nombres de los tertulianos más distinguidos y constantes están en todas las memorias. En torno a don Miguel Artigas se sentaban

el actual presidente de esta docta Sociedad, don Fernando Barreda, entonces y ahora devotísimo mantenedor de la alcurnia de los buenos estudios montañeses; su hermano don Francisco, cuyo variado talento fué tan grande como su final desventura; el benemérito fundador de este Ateneo, don Gabriel María de Pombo Ibarra; los señores Elías Ortiz de la Torre, el capitán Lamadrid, inmolado también, como el citado don Pancho Barreda, por las furias revolucionarias; José del Río, Gerardo Diego, Pancho Cossío, don Francisco Mirapeix, don Cástor V. Pacheco, José Regatillo, Daniel Alegre, José María de Cossío, el doctor Martínez, don Joaquín G. Domenech, el teniente coronel Burgués, ambos hermanos Espinosa, Ricardo Bernardo, Jaime Espina, José Domenech, Mirapeix, Estanislao de Abarca, Gerardo Alvear, Luis Corona, Flavio San Román, Pepe Ugidos. ¡Qué sé yo! Tantos... y lo peor es que ¡cuántos son los que nos contemplan ya desde el reino de las sombras! Al canónigo de voz estentórea, don Jaime Espases, que ha dejado en esta casa una luz de meteoro, yo no le llegué a conocer, puesto que no pertenecí a esta Sociedad más que a partir de 1920, ya instalada en los amplios locales donde hoy nos hallamos. Y, al margen, como oyente, hoy se dice como observador, pues... también quien hoy les dirige a ustedes la palabra, venía a tomarse aquí el legítimo moka de la cantina de Macario, el conserje, cantina con honores de círculo charlamentario, porque en ella se conspiraba más de la cuenta.

TIPOS TRASHUMANTES

Una tertulia insigne como aquélla, de la que don Miguel Artigas era figura de primer orden, precisamente por el prestigio de la lumbrera científica que la gobernaba, tenía que atraer a numerosos *asteroides*, especialmente durante el verano, que es cuando nos visitan con sus caras y carátulas los sabios e ilustrísimos señores de la casta de los llamados por el cántabro terrible que fué don José María de Pereda, *tipos trashumantes*. Santander, hasta cuando no

tenía Universidad Internacional—empresa cultural ideada y puesta en actividad por el numen infatigable de la ilustre personalidad que nos ocupa—, se llenaba al llegar las *nubes de estío* de grandes y de pequeños filósofos; unos de oro por el talento, y otros de alquimia o relumbrón. Y algunos de estos forasteros eran los *números* de verdadera risa a su llegada a esta casa, y los que con sus palabras, fanfarrias y patochadas nos colmaban la medida de nuestro sano regocijo provinciano. A costa de algunas figuras de circo de las que Madrid nos remite cuando aprietan los calores, gozábamos en esta casa de una sección de burlas provocantes a risa que no es fácil de olvidar.

El caso es que, como presidente de la Sección de Literatura, el niño grande, que fué siempre el señor Artigas, se las tenía que entender con los grandes pedantones foráneos que deseaban poner cátedra estival en este salón de conferencias. Y recibió visitas en extremo curiosas. Sabido es que un autor italiano, Giulio Cordara, dejó escrito un poema sobre los insectos, en el principio del cual sostiene que esos molestos y abominables animalejos fueron creados para darnos desazón, por lo que seguramente no existieron en el paraíso terrenal. Pues bien, un tal don Néstor de la Fonfría, no satisfecho con ese punto seudo-teológico, pretendió probar desde esta tribuna la existencia de mosquitos en el Edén primitivo. Como suele decirse, se vió muy mal el queridísimo presidente para quitarse de encima, por las buenas, a aquel entomólogo porfiado, que al verse acompañado hasta la puerta por el más amable de los eruditos, todavía insistía sobre su tema desde la escalera, diciendo: «Don Miguel, protesto y protestaré cien veces de quienes suponen o afirman que no se presentó la hormiga en el mundo hasta que fué construída el arca de Noé.» Y el señor Artigas, con su flema de aragonés zumbón, de un Gracián no conceptuoso, todavía, lejos de enfadarse por el asalto de aquel ente estrambótico, comentaba, lleno de espíritu de caridad: «Hay, ciertamente, en este hombre, una individualidad poderosa; pero, ¡caramba...! y ¡qué cargante es!» Y era un espectáculo curioso el ver a un verdadero

sabio encomendado a los trabajos de la austera erudición, en la decoración polvorienta de su revuelta biblioteca, lector de catálogos, rebuscador de libros raros y curiosos, archivero paleógrafo, descifrador de casi ilegibles documentos, un águila en las lenguas sabias, símbolo vivo, en fin, de un ramo severísimo de la sabiduría contemporánea, el avenirse a soportar con buen ánimo y mejor humor a personajes extravagantes que, sin fundados motivos que alegar, como no fueran disparatados, le visitaban en su *sancta sanctorum*, en su ciudad de los libros, y de cuya extraña presencia protestaban con un *miau*, *miau* enfurecido, incluso los gatos de la Biblioteca. Algunos le comparábamos, por su bondad y sus puntas y ribetes de humorista, si no en lo físico, en lo moral, con el inmortal Mr. Pickwick de Dickens, o con el Silvestre Bonnard, miembro del Instituto de Francia, suave, melancólica creación del barbudo Anatole France. Porque humorista, y humorista a la inglesa; es decir, con la guasa seria, lo era nuestro amigo. Con el rostro grave de un eclesiástico se entregaba a la facecia y a la chanza; y parecía revestirse de ceremonia para soltar sus mejores chistes. Y como en los humoristas de verdad, en él se encerraba un poeta que alumbraba con soles líricos las brumas y monotonías de la prosa. Como en esos *asomos* que se dan en las altas montañas, desde los cuales, súbitamente, al doblar de una peña, se contempla en la hondura temerosa, como en un abismo, un deslumbrante paisaje de llanura en su silencio verde, abrillantada por un río de gloria, o por trémulas lejanías de mar, en nuestro llorado bibliotecario el fluir de una lágrima vertida por amor al prójimo, suavizaba los perfiles siempre rocosos y crueles de la burla. También su divisa era: ironía y piedad. Habló una tarde desde esta tribuna cierto politicón, a quien parecía gustarle el traguillo, el *bon vino*, de que habla regaladamente en sus versos de *mester de clerecía* el bueno de Gonzalo de Berceo. Como el público, por el encono partidista que reinaba en aquella época, iniciara un pateo al presentarse el orador, el señor Artigas me dijo al oído: «Protestan de que, conocidos su amor a los buenos caldos de la Rioja,

el conserje le haya puesto sobre la mesa únicamente un vaso de agua. No callará el bullicioso senado hasta que le saquen una botella de lo caro. Está pagando el disertante las culpas de nuestra falta de organización. Al Ateneo le falta una buena bodega.»

ARTIGAS Y LA JUVENTUD

La generosidad de don Miguel, si fuera menester probarla a estas alturas, quedaría bien de manifiesto por el cariño que en todo tiempo demostró tener a los jóvenes. La juventud, como las aguas corrientes, siempre refresca los ojos de quien la contempla con amor. Huyamos de ciertos hombres maduros que tienen la mirada triste como el agua de un sifón. Evitemos el apagamiento de los que dicen estar ya de vuelta de todo, en quienes se han roto todas las cuerdas vibrantes del entusiasmo. El señor Artigas se juntaba de buen grado a los muchachos, en quienes descubría el primero fosforecencias de gloria. Participaba de sus ilusiones. Soñaba sus sueños. Sin ser él viejo entonces, ni mucho menos, invitaba a los ancianos a contemplar las luchas en el estadio. Y les decía a las personas mayores: «Aunque no por eso les vaya a ustedes a retañar el pelo, es digno de la escuela anacreóntica el frotarse la calva con hojas de rosa.» De aquí la buena cara y mejor talante que les puso desde el primer momento a los nuevos poetas de la bulliciosa escuela ultraísta; *in diebus illis*, el terror de los garcilasistas de esta ciudad. En su día, el hoy ilustre académico Gerardo Diego halló en el señor Artigas un hermano mayor. Éste le infundió, sin duda, su propia pasión por las obras de don Luis de Góngora, puesto que todos sabemos que los estudios sobre el gallardo cordobés, concienzudos, definitivos, son la corona inmarcesible de la obra del maestro. Góngora, como el poeta italiano Juan Bautista Marini—il Marino—de quien se llevó cronológicamente poco, así en el nacer como en el morir, encerró su programa poético en estos dos versos del vate napolitano:

E del poeta il fin la meraviglia.

Es menester maravillar, adueñarse continuamente del lector por medio de las imágenes, ora atrevidas, ora suaves, y de los ritmos conmovedoramente musicales. Como en el arte poética de Pablo Verlaine—un gongorista por adivinación más que por el exacto conocimiento de la obra del autor de *Las soledades*—, la música ha de pasar antes que nada, y luego el color, y sobre el color, las sutilezas del matiz. Mas no olvidemos que entre las legiones generosas y patéticas de quienes merecieron el nombre de poetas de antaño, cantores hoy silenciosos que ya descansan en sus tumbas, además de la destreza en la elección de las palabras y de haberse quemado sus alas multicolores en los fuegos de la eternal hermosura, poseyeron ternura de sentimientos, don de lágrimas, gravedad en la reflexión, prendas por las que elevaron sus poemas a la categoría de formas permanentes. El poeta debe ser el intérprete de la naturaleza, el rejuvenecedor perpetuo de la humanidad y un maestro de amor; el mago que, como cierta fuente de las Azores, de que habla Palgrave, acierta a conferir a cada edad lo que más suele faltarle: da experiencia a los mozos, influye calma en la madurez y llueve frescuras de mocedad sobre la postración de los ancianos.

Participaba como pocos el señor Artigas de la incomparable alegría que reina en las reuniones de artistas jóvenes. «Miradlos—nos decía—todos conservan aún fresco el esmalte de sus pocos años. No son rivales aún. Forman una pléyade y se llevan como hermanos. Y esto pasa porque aún no ha triunfado plenamente ninguno. Bello, bellísimo es el feliz período de la vida en que el rencor no levanta murallas entre los candidatos a la gloria, procedentes de una misma generación. Lloran y ríen juntos. Nada más.» No era, no, nuestro bibiotecario de los que se aferran a los clásicos por odio a los contemporáneos. Les pedía a los libros de los grandes muertos fuerzas para la lucha por la vida. Adoraba a los conspicuos abuelos de la literatura y del arte, pero no hacía de ese amor un pretexto para despreciar a los hijos del siglo, nuestros amigos, nuestros hermanos. En toda ocasión le satisfizo el riesgo y ventura de

la vanguardia. Y no hubo joven con algo nuevo que decir en nuestro querido Santander, y aun fuera de éste, a quien él no brindara generosamente esta tribuna. Y al propio tiempo, gracias a sus extensas relaciones literarias, no hubo maestro del pensamiento español, entre los ya consagrados, a quien él no nos le trajera aquí, sin que a nadie se rechazara por sus particulares ideas. Decía el severo don Miguel de Unamuno: «Artigas, mi discípulo universal, sería mi favorito, si yo pudiera tener un favorito.» La flor y la nata de la intelectualidad española pasó por este sitial, que indignamente ocupo yo hoy con título, sino ilustre, bastante zaragatero de *chico de la prensa.* Y después de que los intelectuales pasaban por esta casa acogedora, el gran poeta José del Río le encargaba a Alberto Espinosa—otro gran amigo que se nos fué—perfecto organizador de cuchipandas de carácter literario o artístico, el consabido besugo a la marinera en casa de Eleofredo. Y aquí permítanme ustedes que encaje una reflexión incidental. «Lo más triste del pescado servido en fuente o en cazuela son los ojos; pero yo no sé cómo se las arregla Eleofredo—decía un ilustre comensal de su taberna famosa—que sus besugos a la marinera tienen la mirada atrayente de las cupletistas. ¡Palabra! Diríase que les pinta ojeras.»

Puesto que hablamos de la gestión de don Miguel Artigas en esta casa, no podemos pasar en silencio que nosotros conocimos el Ateneo de Santander cuando éste era una Sociedad para hombres sólos, ni más ni menos que la Real Academia Española. Fué don Miguel quien secundó con todas sus fuerzas la iniciativa de don Gabriel María de Pombo, para que la mujer, como asociada, pudiera figurar en estos salones, en donde olía demasiado a pipa. La reforma no fué fácil empresa. Hubo mucha oposición, y una mareta sorda entre los varones, que metía miedo. No es extraño. Era una nueva experiencia la que se intentaba, que en su época pasó por muy atrevida. Como que por votación se acordó que, para empezar, las señoras y señoritas ateneístas se reunieran en un cuarto aparte, en cierto gabinete azul, como vía de ensayo. Felizmente, desapare-

ció ya en el Ateneo, aquella clausura, tan ridiculizada por don Miguel, para quien la mujer era un elemento siempre educador en cualquier reunión de hombres. Bajo la fiscalización de ojos femeninos, las Sociedades de recreo se mejoran.

Eva ha resultado victoriosa en este Ateneo. La vemos ahora un poco por todas partes en esta casa. Si la imagen no estuviera tan desacreditada, diríamos que es una mariposa de paz entre nosotros.

Sería nunca acabar si yo me ocupara de los donativos de libros extranjeros que, merced a las excelentes relaciones del señor Artigas como bibliotecario, se recibieron en esta Sociedad, y la riqueza de revistas internacionales que logró para nosotros.

Pero es preciso poner fin a tanta parola...

Tened, señoras y señores, que me habéis oído con paciencia, bien presente, que hasta mis bromas aparentes son, en realidad, una ferviente oración por el alma del sabio desaparecido, a quien los grandes triunfos, como suele suceder, le trajeron los grandes dolores, cuando nos le llevaron de aquí para elevarle a la dirección de la Biblioteca Nacional. Tan verdad es que quien añade gloria añade dolor.

Me place a mí ahora refigurarme al esclarecido archivero en este Santander nuestro, en la calle de la Blanca, cuando se allanaba a decirme, bonachonamente, a la puerta de mi tienda de juguetes, parodiando a don Francisco de Quevedo y Villegas:

Tú, el mayor padre de todos
que han tenido las muñecas...

Y entre risas y lágrimas, con un dejo de humorismo germánico a lo Enrique Heine, es profundo, mucho más profundo mi acerbo, inacabable dolor por el amigo del alma muerto, por el crítico eminente que en la madurez fecunda de su vida y en el auge de su fama me tendió a mí, hombre sencillo, como si dijéramos el tendero de la esquina, su preciada mano en prenda de amistad entrañable.

Nada más.

ENRIQUE VÁZQUEZ LÓPEZ.